

# Sigmund Freud, un siglo y medio después



R. Horacio Etchegoyen  
Psicoanalista. Miembro de APdeBA y SAP

## ABSTRACT

*Sigmund Freud, one century and a half later*

*There is no doubt that one hundred and fifty years after Freud's birth, he continues to be one of the great thinkers of our times.*

*This paper wishes to pay homage to him and to emphasize his lasting and revolutionary discoveries in the field of science, particularly in psychology, psychiatry, and culture. The paper also aims to show the current relevance of his thought and to show how his ideas continue to be discussed at present.*

*The author thinks that it has taken more than half a century from his death for us to accept his passing and to realize that his work lives on.*

*The author also points out some limitations and errors of Freud's as he believes its no longer good, or necessary, to idealize him.*

## RESUMEN

*A* ciento cincuenta años de su nacimiento, es indudable que Freud pasó la prueba del tiempo y se destaca como uno de los grandes pensadores de nuestra época.

*Este trabajo le rinde homenaje, señalando lo perdurable de sus revolucionarios descubrimientos en el amplio campo de la psicología, la psiquiatría, la ciencia y la cultura. Trata de mostrar, también, su notable presencia en el momento actual y cómo sus ideas se siguen discutiendo.*

*El autor piensa que ha tenido que pasar más de medio siglo desde su muerte para que nos pudiéramos hacer cargo de que ya no está con nosotros pero sigue vivo con su pensamiento. También señala este escrito algunas limitaciones y errores de este hombre genial, porque no es bueno ya, ni necesario, idealizarlo.*

## *Sigmund Freud, un siglo y medio después*

Ciento cincuenta años es bastante tiempo, al menos si se lo mira y lo compara con nuestra era cristiana, que parte del nacimiento de Jesús en Galilea. Jesús fue un gran hombre, un profeta, para muchos un dios, el hijo de Dios en la tierra; para otros un hombre superior que conmovió al mundo antiguo y tal vez merezca que se lo ponga de referencia del tiempo histórico. Otros piensan (como Freud, sin duda) que más grande fue Moisés, otros Mahoma, Confucio o Buda... ¡quién sabe! Aquí entran ya las creencias, las predilecciones o la fantasía y es mejor detenerse.

Hombre de las luces y de la razón, Freud (1927) pensaba que la ciencia iba pronto a terminar con la religión; pero se equivocó, tal vez porque no midió con acierto el poder que tienen las ilusiones en la vida del hombre (que él mismo reveló), tal vez porque la ciencia no puede, ni se propone responder a las preguntas últimas que sólo la religión y la filosofía pretenden contestar. Yo, por ejemplo, soy definitivamente ateo; pero no dejo de reconocer que esto es una creencia y no una afirmación científica. Bertrand Russell decía que es altamente improbable que una tetera de loza inglesa orbite una de las lunas de Júpiter, pero no resulta fácil demostrar que no es así.

Ciento cincuenta años no es “bastante” si se los mide con nuestra historia escrita, que lleva ya unos cinco-siete mil años y rescata, por ahora, a Gilgamesh como el primer héroe de todos los tiempos, según consta en los ideogramas y las tablitas cuneiformes de Sumer en la Mesopotamia del Éufrates y el Tigris (Roberts, 1976).

Es mucho menos si la medida de la comparación es con el hombre de Cromañón hace cuarenta mil años, en el Paleolítico superior, que tan acertadamente estudió hace poco el *Ser humano* de Julio Moreno (2002).

Es mucho menor, todavía, desde que apareció el *Homo sapiens* hace doscientos mil años en África y ni que hablar desde que el *Homo erectus* salió del Lago Turkana hace un millón y medio de años o más para conocer y abarcar el planeta. Es, “exactamente”, una diez milésima parte, porque  $150 \times 10.000 = 1.500.000$ .

De todos modos, ciento cincuenta años es un lapso respetable cuando nos reunimos aquí, en Mendoza, que es mi segunda patria intelectual, como La Plata fue la primera y Buenos Aires la última, para festejar el nacimiento de Freud, tal vez con Einstein el científico principal del Siglo XX.<sup>1</sup>

Freud pasó la prueba del tiempo, como lo demuestra el que hoy lo

festejemos y –¡oh paradoja!– porque siempre se lo ataca y se lo vitupera. Freud ha sido uno de los científicos más cuestionados, y recientemente lo hemos podido comprobar una vez más en la diatriba de *El libro negro del psicoanálisis*<sup>2</sup>. Sin duda estos ataques son el resultado de que la investigación de Freud tuvo que ver con la mente y con que destacó energicamente la importancia de lo animal en la vida del hombre. Nada despertó más indignación que su magno descubrimiento de la sexualidad infantil, que acabó definitivamente con la proverbial inocencia del niño.

No hay que olvidar, sin embargo, que todos los grandes descubrimientos de la ciencia levantaron fuertísimas resistencias, como el mismo Freud lo señaló en *Una dificultad del psicoanálisis* (1917) y en otros de sus escritos. El narcisismo del hombre sufrió tres graves afrentas: cosmológica, biológica y psicológica: no es el centro del universo, no es el rey de la creación y ni siquiera es dueño de su propia mente. Vale la pena recordar, tal vez, que Darwin sigue todavía denostado y que Mr. George W. Bush cree que es justo estudiar “democráticamente”, en un mismo plano de igualdad, el creacionismo y la evolución. Copérnico fue tildado de hereje; y Galileo, amenazado de muerte por la Santa Inquisición, tuvo que decir que la tierra permanecía inmóvil y no rotaba alrededor del sol. No olvidemos que Sócrates (cuyas “obras completas” leyó atentamente el Dr. Carlos Saúl Menem) bebió en el 399 a.C. la cicuta por sus ideas, que no le cayeron bien a los atenienses de entonces. Hay muchos ejemplos, por desgracia, de la intolerancia humana frente a los grandes descubrimientos y a los grandes pensadores.

Freud nos mostró que la mente es mucho más que la conciencia, y que en el inconsciente están operando el amor y el odio, el sexo y la envidia, eros y tánatos en perpetuo conflicto. Tiene razón Charles Brenner (1982) cuando afirma que el psicoanálisis es la ciencia del conflicto.

Freud nunca tuvo dudas de que sus descubrimientos habían conquistado un nuevo territorio para la ciencia; que, en otras palabras, el inconsciente era parte de la naturaleza y que él había descubierto la forma de explorarlo, definiendo sus dos tipos de funcionamiento, el proceso primario y el proceso secundario, y la dinámica entre pulsiones y defensas, así como también el extraño fenómeno de la transferencia y de la

1 Leí este trabajo en la Sociedad Argentina de Psicoanálisis (SAP) el 23 de mayo de 2006, donde fui recibido como miembro honorario y tendré el gusto de verlo publicado en su revista.

2 Bosch Jacobsen, M., Cottraux, J., Pleux, D., Van Rillaer, J. et al, dirección Catherine Meyer. (2005) *Le livre noir de la psychanalyse : Vivre, penser, et aller mieux sans Freud*. Paris: Laurence Corona. Editions des arenes. (N.de E.)

contratransferencia, que habría de contemplar en una forma radicalmente distinta a las relaciones humanas. Al gran maestro vienés debemos, asimismo, los instrumentos que hacen posible esa exploración, básicamente la asociación libre y la interpretación, y el encuadre que las facilita.

Muchos oponentes piensan, al contrario, que el psicoanálisis *no* es una ciencia y hasta lo comparan con la astrología. Hay también psicoanalistas eminentes, como George S. Klein, Merton Hill, Donald P. Spence y Roy Schafer, por ejemplo, que consideran al psicoanálisis una hermenéutica. Un investigador tan riguroso como Lorenzer cree que la interpretación psicoanalítica *no* formula una hipótesis a ser testada sino que cierra una *Gestalt* (Lorenzer, 1970), de modo que ofrece modelos hasta dar con el que cierra el círculo hermenéutico. Entonces sobreviene un alivio de la tensión y la vivencia de evidencia, que tanto importan a este autor. Coincido con Thomä y Kächele en que es necesario ir más allá de la sensación de evidencia subjetiva para no quedar expuesto a la “folie à deux” (1985, tomo 1, p. 33). Es que la evidencia de Lorenzer descansa en el analista y no en el paciente. A riesgo de ser esquemático, diré que, con esta perspectiva, la hermenéutica está en el analista y la ciencia natural en el paciente. En términos más amplios, lo que nos enseña la hermenéutica es que el conocimiento es contextual y que el psicoanálisis no escapa a esa regla.

Thomä y Kächele remontan la hermenéutica psicoanalítica al principio de la múltiple función de Wälder (1936), y adoptan una posición equidistante, cuando afirman que “cualquier investigación sistemática sobre la situación analítica deberá referirse tanto a la comprensión como a la explicación” (1985, tomo 1, p. 34).

Cuando hice mi presentación en el Congreso Internacional de Buenos Aires de 1991 para proponerme como presidente de la API, entre mis proyectos estaba fomentar la discusión, que era cada vez más notoria, entre el psicoanálisis como ciencia del espíritu (*Geisteswissenschaft*) o de la naturaleza (*Naturwissenschaft*) y es evidente que en los últimos años se ha escrito mucho y bien sobre este tema apasionante.

En *El inconsciente y la ciencia* (1991) su introductor, Roger Dorey, expresa su asombro porque se siga planteando el persistente –y para él insoluble– problema de la ubicación del psicoanálisis, y afirma resueltamente que el psicoanálisis *no* es una ciencia. Hasta llega a decir que el inconsciente odia a la ciencia en el sentido freudiano de que el yo primitivo odia al objeto. Dorey se refiere al yo de realidad primitivo de *Pulsiones y destinos de pulsión* (Freud, 1915a), que discrimina los estímulos

externos de las pulsiones. No piensa, por cierto, en *Los dos principios del acaecer psíquico*, de Freud (1911), ni en *El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios*, donde Ferenczi (1913a) va siguiendo paso a paso cómo disminuye la omnipotencia mientras se van afirmando el conocimiento y la ciencia (principio de realidad).

Como ya dije antes, Freud era un decidido partidario de que el psicoanálisis era una ciencia de la naturaleza y así opinan muchos psicoanalistas como Eduardo Issaharoff, Jorge Luis Ahumada, Charles Hanly, Ney Marinho, Hanna Segal, Harold Blum, Charles Brenner, Leo Rangell y yo mismo. Estos autores creen, como creían Freud y sus grandes discípulos - Abraham, Ferenczi, Jones, Tausk, Melanie Klein, Helen Deutsch, Hartmann, Bernfeld, Fenichel, Winnicott - que el psicoanálisis parte de la observación empírica y que sus hallazgos se pueden testear, mal que le pese a Popper (1962), que lo desconsideraba porque sus hipótesis no eran refutables, sin darse cuenta de que el psicoanálisis, por su propia estructura, exige tomar algunos recaudos (o muchos recaudos) para que la refutación sea posible. Popper no leyó nunca, seguramente, el trabajo de Freud *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915b). En otras palabras, Freud siempre consideró que las hipótesis psicoanalíticas podían ser refutadas o desechadas y muchas veces lo hizo a lo largo de su investigación. Un ejemplo famoso y concluyente es su abandono de la teoría de la seducción por la teoría de la realidad psíquica y la sexualidad infantil y lo es también el reemplazo de la teoría de la angustia de estasis de 1895 por la teoría de la angustia señal de 1926. Admiro la forma sutil y rigurosa con que Freud evalúa sus casos clínicos para pasar de una teoría a la otra.

Al contrario de Popper, Adolf Grünbaum (1984) piensa que el psicoanálisis es un conocimiento refutable, para concluir en seguida que la sugestión hace la refutación imposible, de modo que debe recurrir a otros métodos para ser testado, y esto monta tanto como decir que el psicoanálisis depende de otros para ser ciencia. Apoyado en algunas inconsistencias de Freud sobre la dialéctica transferencia/sugestión, Grünbaum asevera que la transferencia es, al fin y a la postre, pura sugestión, sin reparar que la sugestión y la contrasugestión - que Grünbaum nunca considera - son dos fenómenos que impregnan el proceso psicoanalítico y sin duda lo complican; pero pueden resolverse analizándolas como parte de la transferencia positiva (hipótesis

autopredictiva) o negativa (hipótesis suicida), lo que también se hace en sociología. Que la contrastación sea mucho más difícil en ésta y en aquél, no quiere decir que sea necesariamente imposible. Es sumamente sólida la posición de Hanly (1992), cuando señala que la sugestión puede poco o nada contra los síntomas de un paciente, mientras que los remueve una interpretación acertada.

Un analista sobresaliente, como Green (1995), sin embargo, afirma que “la clínica no está sujeta a la falsación” (p. 96), si bien dice acto seguido que “la falsedad que comporta se verifica a lo largo de la experiencia” (Green, 1995, p. 96). De esto debe inferirse que la interpretación no es falsable, pero sí lo es el proceso psicoanalítico.

La diferencia entre ciencia de la naturaleza y del espíritu viene como sabemos de Dilthey (y antes de Schleimacher), que la aplicó inicialmente a la historia, pero después se extendió a otras áreas que tienen que ver con el hombre. En su monumental *Psicopatología general*, Jaspers (1913) aplicó el esquema de Dilthey a la psiquiatría y clasificó a las enfermedades mentales en *proceso y desarrollo*, susceptibles recíprocamente de explicación y comprensión, es decir, enfermedades de causa orgánica y de causa psicológica. La parálisis general se explica por la leptomeningitis sífilítica; la depresión reactiva se comprende (empáticamente) por un acontecimiento doloroso, como la muerte de un ser querido. Era sin duda un intento de contradecir y/o acotar a Freud (y también a Bleuler, Jung y desde luego a Ferenczi) en su intento de estudiar todas las enfermedades mentales con los mismos instrumentos. Nunca pensó Freud a la mente desgajada del cuerpo; pero, en un momento de su vida, optó por estudiarla metodológicamente a partir de sus propias leyes, y así fundó el psicoanálisis. Como dice Klimovsky (1994, 2004), Freud es, desde el punto de vista del método, dualista; pero es ontológicamente unicista. Esta precisión es importante para valorar la obra de Freud y su posición científica, así como también para despejar muchas discusiones que se presentan una y otra vez.

De todos modos, y más allá de la forma en que él mismo se viera, hay en Freud un trasfondo humanista, que hace de él también un hermeneuta. Muchos autores piensan, como Emilia Steuerman (2000), que es prueba de ello que Freud tituló su obra máxima *La interpretación de los sueños* (y no la *ciencia* de los sueños), si bien no toda “interpretación” implica la hermenéutica. Donde más se hace visible la vena hermenéutica de Freud es, para mí, en *Construcciones en el análisis* (1937), donde alternan

“construcción”, que implica la narración, la hermenéutica, y “reconstrucción”, que alude a algo que estaba y se recupera, como en las ciencias naturales. Freud toma de modelo a la arqueología para dar cuenta de su quehacer; pero dice, también, que su labor empieza donde la del arqueólogo termina. A esta ambigüedad de Freud se remiten con razón los psicoanalistas hermenéuticos, aunque también es, dice Steiner (1992, 1995), un rasgo distintivo de su genio creador. En su breve pero riguroso trabajo de 1995, Steiner recalca que Freud busca un conocimiento universal (el complejo de Edipo, las fantasías originarias) pero apela a una metodología típica de las *Geisteswissenschaften* para probar sus hallazgos. Esta ambigüedad es lo que hace del psicoanálisis una disciplina tan compleja y atrayente. (“Such creative ambigüities and ambitions are what make psychoanalysis such a complex discipline and which seem to legitimate both the hermeneutic approach... and the need for a scientific approach”. (Steiner, 1995, p. 438). Otros autores, como Brenner, Rangell y Ahumada, sin embargo, piensan que la significación no aparta al psicoanálisis de las ciencias naturales y recuerdan que más de una vez Freud señaló que el pensamiento científico no difiere sustancialmente del pensamiento corriente, del pensamiento ordinario.

Una lúcida alternativa a este complejo problema es la que propone Ahumada (1997, 2006) cuando afirma que las teorías de Darwin y de Freud son plenamente científicas pero no deben compararse con las ciencias físicas. En éstas el modelo newtoniano es aplicable porque tratan con objetos no vivos, que van a responder siempre de la misma manera. El animal y el hombre reaccionan al estímulo en forma distinta cada vez y deben, por tanto, estudiarse con métodos inductivos (y contrainductivos), porque la deducción no es aplicable. En esto consiste para Ahumada el realismo crítico que opera en psicoanálisis y al que se refirió Charles Hanly (1992, 1997).

A partir del discurso presidencial de Robert S. Wallerstein en el Congreso Internacional de Montreal de 1987, esta vieja polémica se ha vuelto a plantear en otros términos. Wallerstein (1988 y 1990) se pregunta si hay uno o muchos psicoanálisis, y arriba a una respuesta lúcida y salomónica. Hay un solo psicoanálisis clínico en el que todos los psicoanalistas estamos de acuerdo y muchas metapsicologías que intentan explicar los mismos hechos. Algo nos une a todos cuando discutimos sobre material clínico, mientras que al ponernos a teorizar nos separamos.

La posición de Wallerstein es valedera porque corresponde a hechos observables que trata de entender y porque tiene buenas intenciones, busca la unidad; pero es también discutible. Andrée Green (2005), por ejemplo, piensa rotundamente que el *common ground* de Wallerstein no es más que *wishful thinking*, sólo buenos deseos.

Este tema provoca muchas inquietudes y hasta desconciertos, y todo lleva, a la corta o a la larga, a Freud. Vale la pena discutirlo, entonces, en este momento en que lo estamos recordando. Yo mismo escribí sobre este tema en 1991, en que hablé del escrito de Wallerstein y de un ejemplo que él toma de Kohut (1984), a quien también me referí en mi libro (Etchegoyen, 2002).

El razonamiento de Wallerstein parte de George S. Klein (1966, 1976), quien piensa que hay *dos* psicoanálisis y no uno. Adhiere a la teoría clínica de Freud, que es valiosa; pero no a su metapsicología, hasta el punto que termina proponiendo un remedio drástico y quirúrgico, la teorectomía (!), para librarnos del engorro de la metapsicología, con sus impulsos y sus mecanismos, ya que el psicoanálisis no explica sino comprende. En este sentido se considera a Klein, con razón, el iniciador de la hermenéutica psicoanalítica, si no pensamos en Wälder (1936).

Wallerstein no reniega de los impulsos ni de los mecanismos y considera que el psicoanálisis clínico es una ciencia natural, pero que las teorías de alto nivel, las metapsicologías, son sólo metáforas de las que nos valemos heurísticamente para dar cuenta de los hechos clínicos. Hay, para Wallerstein, pues, una brecha insoslayable entre la clínica y la teoría, con lo que la ciencia del psicoanálisis queda muy reducida y, si no sufre el remedio quirúrgico de G. S. Klein, se cura finalmente por medios incruentos, más “clínicos”.

En mi trabajo de 1991 señalé que la eclosión de las nuevas teorías coincidió con la muerte de Freud y conjeturé que fueron, al menos en parte, una suerte de duelo para elaborar y negar su muerte. Tratábamos de mantenerlo vivo con las teorías que creían prolongarlo; pero ahora vamos llegando a reconocer que ya no está más con nosotros y debemos seguir solos su camino.

Estamos –creo yo– en un momento propicio para dialogar y escucharnos y lo estamos haciendo. La reciente polémica entre Wallerstein (2005 a y b) y Green (2005) es el mejor ejemplo<sup>3</sup>. El momento es difícil y

---

<sup>3</sup> Psychoanalytic controversies. *The International Journal of Psychoanalysis*, 2005.



doloroso; pero también creativo, si rescatamos la presencia de Freud y no nos aferramos a las teorías que pretenden continuarlo hablando por él. Porque sólo sus detractores o los que nunca lo comprendieron o leyeron lo dan por muerto.

Es un hecho evidente que en vida de Freud había una sola teoría reconocida, si se excluye la de Klein mencionada por Wallerstein, y hoy en día hay muchas; pero cabe preguntarse si es así y si debemos deplorarlo o festejarlo. El pluralismo es bueno porque implica una posición abierta y no arrogante; pero es malo porque puede llevar a confusión o a acuerdos convencionales o retóricos.

Klimovsky (1994, 2004), el epistemólogo que tal vez más ha estudiado el psicoanálisis, considera que se compone de varias teorías: la del inconciente, la del aparato psíquico, la sexualidad y las pulsiones, el conflicto, etcétera. También la física es un conjunto de teorías: la teoría de la relatividad, la teoría cuántica, la física de las partículas, la de los gases.... Hay muchas teorías en la física y podemos decir que lo mismo pasa con el psicoanálisis.

Por otra parte, puede ser que las diversas teorías psicoanalíticas que ahora se nos presentan y hasta nos acosan, terminen por unificarse, como piensa más recientemente el mismo Wallerstein (2002) y también Otto Kernberg.<sup>4</sup>

A veces nuestras teorías se mantienen porque no hay todavía pruebas suficientes de su validez, como afirma Brenner (2005), otras por el apasionamiento de los que las sostienen, un punto que subraya Green (2005) y alimenta fundamentalmente su escepticismo. Un ejemplo ruidoso (y lamentable) es la agria polémica entre Greenson y Rosenfeld en el Congreso Internacional de 1993 en París, que recientemente estudió Douglas Kirsner (2005), mostrando claramente el acuerdo de Greenson con Anna Freud y otros relevantes miembros del Grupo B de Londres (o la Hampstead Clinic) para destruir a los kleinianos. Digamos desde ya que las pasiones enturbian el diálogo, y más la mala fe; pero no lo hacen imposible. Las Controversias de la Sociedad Británica, que publicaron Pearl S. King y Riccardo Steiner en 1991, fueron básicamente, y más allá de las intensas emociones en juego, una discusión científica, y así lo reconoció el propio Green, como muchos otros.

---

<sup>4</sup> Citado por Wallerstein (2002). The trajectory of psychoanalysis: A pronostication. *The International Journal of Psychoanalysis*, 83, 1247- 1267.

En el siglo XVII se forjaron dos teorías de la luz, la ondulatoria de Huygens y la corpuscular de Newton, que tuvieron en vilo a la ciencia más de dos siglos, hasta que el genio de Einstein resolvió el enigma al descubrir el efecto fotoeléctrico, que le valió el premio Nobel en 1905 y cuyo centenario acaba de celebrarse en el mundo entero. Dicho muy rudimentariamente, la solución de Einstein se basaba en la física experimental de su época (la longitud de onda de la luz es muy pequeña, por ejemplo) para concluir que la luz se propaga ondulatoriamente; pero, cuando intercambia energía, es un corpúsculo que marcha en línea recta. Esta solución, dicho sea de paso, vino a darles la razón a los dos, a Newton y a Huygens. Yo pienso, quizá con excesivo optimismo, que algunas de nuestras actuales controversias se van a ir resolviendo con el avance de la investigación psicoanalítica, si bien no se me escapa la distancia enorme que nos separa de las ciencias duras. Por la índole misma de nuestra disciplina, no podemos resolver nuestras incógnitas con experimentos, como los físicos; pero disponemos de la observación (clínica) como los astrónomos estudian el universo sin pretender manipularlo (Brenner, 2005, Klimovsky, 2004).

Por lo demás, yo no pienso que durante la vida de Freud había una teoría reconfortantemente unitaria. Su teoría estuvo siempre desgarrada y hubiera sido mejor reconocerlo, en lugar de recurrir al equivocado recurso de los siete anillos con su latente *omertá*, como lo señala con clarividencia Guillermo Ferschtut (2002). Yo mismo lo denuncié en alguna "Columna del Presidente" de la Revista de la API, y fue entonces que esa organización terminó por resquebrajarse<sup>5</sup>. El "movimiento" psicoanalítico, con todos los méritos que le corresponden, es una actitud política, de política científica, y, en lo posible, hay que separarlo de la ciencia psicoanalítica, que sólo tiene un compromiso con la verdad.

Yo apoyo sin cortapisas la drástica decisión contra Adler y Jung en cuanto intentos de negar la sexualidad infantil. En esto Freud se mostró firme y debió hacerlo. Ahora, con la sabiduría de los hechos consumados, podemos decir que Adler tenía razón al darle importancia a la agresión, que Freud terminó aceptando en 1920, y que muchas de sus discrepancias con Jung pueden verse hoy desde otras perspectivas. Jung acentuaba el

---

<sup>5</sup> El autor se refiere al funcionamiento grupal institucionalizado en los tiempos de Freud que se llamó "el grupo de los siete anillos". (N.de E.)

conflicto actual para negar el infantil y decía, por ejemplo, que el complejo de Edipo era solamente una versión retrospectiva de la lucha del hombre para ganarse el sustento, con la madre tierra, y esto Freud no lo podía aceptar. Sin embargo, la dialéctica conflicto actual /conflicto infantil es rigurosamente psicoanalítica, como lo muestra convincentemente Max Schur (1972) al reexaminar el imperecedero sueño *Non vixit*, que también estudió Harold Blum (1977). El conflicto actual nos defiende con frecuencia del conflicto infantil, pero también es cierta, a veces, la explicación contraria. Freud muestra con claridad y hasta con heroísmo cómo están gravitando en su vida John, Pauline y más allá Julius, pero esto le sirve, también, para ignorar el conflicto actual con Fliess, que culminará poco después con una dolorosa ruptura.

También en vida de Freud se planteó con vehemencia el papel de la madre en el desarrollo del niño. Freud era intransigente sobre la importancia central del padre, el complejo de Edipo y la castración, como lo hará después Lacan (1966), mientras Jung reivindicaba a la madre. Ahora muchos pensamos que esa encarnizada pelea se parece más a un partido de fútbol que estrictamente a una discusión científica, ya que el niño necesita, ama y odia a los dos, al padre y a la madre. Al final tuvieron que resolverlo Jones, Melanie Klein y Winnicott algunos años después. Otto Rank se inclinó por la madre y subrayó decididamente el trauma de nacimiento, que Freud recogió en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), si bien no lo siguió – con toda razón – en su débil psicoterapia de la voluntad (Rank, 1936).

Un párrafo aparte merece la teoría del simbolismo de Jung, que Freud criticó con razón en *Historia del movimiento psicoanalítico* (1914). Para Jung los símbolos eran reversibles y eso le sirvió para decir que la madre es el símbolo de la tierra y *no* ésta el símbolo de aquélla, en un vano intento de negar una vez más la sexualidad infantil y el complejo de Edipo. Más allá de ese intento de negación, de esa estratagema, los símbolos *son* reversibles. El genio y la nobleza de Ferenczi (1913 b, 1913 c) pudo zanjar la discusión con su brillante teoría de la ontogenia de los símbolos. Hay que recordar, mal que nos pese, que Freud, olvidado de Scherner y Volkelt, terminó por acuñar una teoría filogenética del simbolismo en la cuarta edición (1914) de *La interpretación de los sueños* (1900) que, apoyada erróneamente en Lamarck y su teoría de la herencia de los caracteres adquiridos, empobrecía sus propios descubrimientos, aunque él pensara que venía a demostrar la índole universal de sus hallazgos.

En fin, si Freud hubiera sido más ecuánime y sereno, lo que por cierto no era nada fácil, los disidentes podrían quizá haber seguido con nosotros. El recurso de los siete anillos, como dice Ferschtut, es un síntoma de que las revolucionarias teorías, que se estaban gestando, no resultaban del todo convincentes para sus creadores, y esa misma inseguridad los obligaba a pertrecharse en ellas.

La diversidad de teorías en el momento actual molesta a Green y lleva a Wallerstein a la búsqueda de un "common ground", a costa de abrir una honda brecha entre la clínica y la teoría. Yo no creo en la brecha que propone Wallerstein, porque pienso, como Klimovsky (1994), que entre las teorías de alto nivel y la base empírica existen reglas de correspondencia que permiten unirlos. Por otra parte, la teoría clínica de Wallerstein implica hipótesis de alto nivel, como sin ir más lejos el inconsciente; y no creo que Bob (Wallerstein) piense que la angustia de castración y otros ingredientes parecidos puedan ubicarse en el nivel clínico, a menos que, por clínico, entendamos lo que todos compartimos. Como señala Epstein (2005), terciando en la polémica, dentro del paradigma psicoanalítico hay diversos niveles de teoría que necesitan ser comparados y comprendidos cuidadosamente en el marco de nuestra compleja disciplina.

Podemos concluir, entonces, que el psicoanálisis es una ciencia natural con datos de la base empírica (observables) y teorías (no observables), con sus reglas de correspondencia. Lo que estudia la ciencia natural del psicoanálisis es la realidad psíquica, lo que está presente en este *momento* (de la sesión) en el inconsciente del analizado. Green dice lo mismo cuando afirma que el psicoanálisis pretende "alcanzar un saber *objetivo sobre la subjetividad* y, a través de ella, sobre la realidad psíquica" (1991, p. 180), [itálicas de Green]. Él llega, sin embargo, a una conclusión opuesta, negándole al psicoanálisis la condición de ciencia natural; y hasta se sorprende de que yo considere que la práctica psicoanalítica sea por entero conforme al procedimiento científico (Green, 1991, p.172). Sin embargo, mi posición viene de lejos y se apoya en Wisdon (1967). Si tomamos la interpretación como una proposición científica (Álvarez Lince, 1974, 1996), podemos testearla en la respuesta (inconsciente) del analizado, y llegar al efecto mutativo que propone Strachey (1934), es decir, a un conocimiento ostensivo (Richfield, 1954; Ahumada, 1999). El insight ostensivo no es para nada una metáfora en el sentido de Wallerstein.

Para Green el abismo que separa la ciencia y lo humano es

insondable porque “la ciencia se detiene en el umbral del funcionamiento psíquico” (1991, p.177). Lo mismo dice Green (2005) cuando discute con Wallerstein y afirma que el psicoanálisis no es una ciencia natural y tampoco una hermenéutica, algo que también piensa a mi entender Lacan (1966) con su teoría del significante.

Green (1995) señala que el psicoanálisis se nutre a la vez de las ciencias sociales y de la biología como un conocimiento especial, *sui generis*, que les sirve de puente. Esto, que es cierto, no implica necesariamente, sin embargo, que constituya un saber singular, por más que sea autónomo a todo reduccionismo. A Wallerstein no le gusta esta Jano de dos rostros que propone Green, a pesar de que él también sugiere, al fin y a la postre, un psicoanálisis de dos rostros. Me parece que Green no explica de dónde sale la validez de lo que interpretamos. En otras palabras, ¿dónde reside el *saber psicoanalítico* que postula este autor si no en la ciencia? Green afirma que el psicoanálisis es una práctica basada en el pensamiento clínico que conduce a hipótesis teóricas; y esto es para mí ciencia; pero no para él, porque piensa que un saber objetivo sobre el sujeto es contradictorio. Donde mejor comprendo el punto de vista de Green es en su reflexivo libro *La causalidad psíquica*, donde establece una clara distinción del psicoanálisis frente a la biología y las ciencias humanas (Green, 1995). Reivindica una especificidad del psicoanálisis y su forma de entender la causalidad psíquica, sin subordinarla a la causalidad biológica ni a la causalidad sociológica (p. 163), sino que se coloca en la intersección de las dos (p. 173). Coincido en que es lícito rescatar al psicoanálisis como disciplina autónoma, por lo que es y no confundirlo con sus vecinos. La química se ha ido acercando mucho a la física sin por ello perder su autonomía. En otras palabras, sólo el reduccionismo puede confundir una disciplina con la otra. Tal vez la propuesta de Ahumada destacando dos tipos de ciencia, deductiva e inductiva, sea aquí pertinente. En una conversación reciente, mi gran amigo Salomón Resnik<sup>6</sup> (2006), del que tanto he aprendido, me dijo que el psicoanálisis es un saber especial, ni ciencia ni hermenéutica. El interrogante, en fin, parece tener diversas respuestas.

Dije ya que la controversia de 2005 abre un camino promisorio para hablar y escucharnos; pero Green descrea del diálogo y afirma que cada

<sup>6</sup> Comunicación personal.

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, el equilibrado libro de los Bleichmar, *El psicoanálisis después de Freud* (1989).

parroquia teórica se alimenta a sí misma, que un autor sólo cita a sus conmlitones. Esta afirmación no me parece justa. El psicoanálisis latinoamericano no incurre para nada en ese parroquialismo, que no siempre sortea Bob (Wallerstein) y del que tan amargamente se queja André (Green). Basta recorrer la lista bibliográfica de los autores de América Latina para ver que citan a todos los autores, a todas las escuelas<sup>7</sup>. Lo mismo cabe decir de los italianos y de los alemanes. Green hace una excepción: Riccardo Steiner, y yo convengo que pocos tienen un horizonte tan amplio de nuestra disciplina como Riccardo Steiner.

Es cierto que no resulta fácil ser ecuánime, como no es tampoco sencillo abarcar la extensa bibliografía psicoanalítica. Cuando se omite una cita o se insiste con otra, no siempre es por rivalidad, por amiguismo o mala fe; las más de las veces es por olvido, por ignorancia o cuando no por la falta de acceso al idioma del autor. El mismo Freud, a quien estamos homenajeando, no siempre fue acertado con las citas de sus discípulos. Por ejemplo, cuando establece su teoría filogenética de los símbolos en 1914, no tiene en cuenta para nada lo que Ferenczi había dicho un año antes; y, al estudiar en 1927 el fetichismo y la división del yo, desestima los aportes de Laforgue (1926), a los que, dicho sea de paso, tampoco les da cabida Melanie Klein (1946) en su fina descripción de los mecanismos esquizoides.

El diálogo entre los psicoanalistas nunca es fácil; tampoco lo es entre los biólogos o los sociólogos, porque siempre hay pasión (o pasiones) y es difícil cambiar de punto de vista, reconocerse equivocado. Cuentan que, cuando Ramón y Cajal expuso en Alemania su teoría de la unidad de la neurona, Koellicker se sonrió. Lanzando un improperio, don Ramón le pidió que se acercara al microscopio. Así lo hizo el más célebre histólogo de Europa y vio que, efectivamente, la neurona y el axón se continuaban. Entonces exclamó: “¡Hay que empezar de nuevo!”<sup>8</sup> Pocos tienen el valor intelectual de un Koellicker, y el amor propio siempre nos puede jugar una mala pasada. Cuando defendemos con fervor una idea es a veces difícil decidir si lo hacemos por amor a la verdad o a nosotros mismos. A los psicoanalistas se nos hace todavía más cuesta arriba la discriminación por la complejidad de nuestras teorías. Olvidados (u ofuscados) del principio de Wälder (1936), que nos advierte que el acto psíquico puede

---

<sup>8</sup> La anécdota me la contó allá por 1945 Andrés E. Bianchi, que fue mi profesor de anatomía patológica en La Plata, y la recoge López Piñero (1995) en su biografía del sabio español, donde muestra que Koellicker no sólo cambió de opinión, sino que se transformó en un acérrimo defensor de la teoría de la neurona.

estar multideterminado, nos aferramos a una sola explicación, cuando son varias las que están operando. A veces dos explicaciones distintas pueden ser igualmente factibles y serán las asociaciones del analizado o las vicisitudes del proceso las que decidirán sobre su validez. Así lo expuse en 1991 cuando discutí el ejemplo de Kohut en la perspectiva del sadismo oral, el narcisismo y el complejo de Edipo. Como nos enseñó Reich (1933), explicaciones opuestas pueden ser alternativamente ciertas y una puede ser primero la defensa y después el impulso. En el carácter pasivo-femenino la homosexualidad es la defensa frente a la heterosexualidad y el complejo de Edipo directo; al revés, en el carácter fálico-narcisista, los impulsos genitales sirven para negar la homosexualidad y el complejo de Edipo invertido. Los estudios de Racker (1957) sobre la estratificación psicopatológica van en la misma dirección.

Cuando se plantea la validez de una determinada interpretación, la mejor instancia de contrastación es, para mí, la respuesta (inconsciente) del analizado, por riesgoso que sea (Etchegoyen, 2001); pero, cuando se discuten teorías más amplias, la situación es más compleja y el mejor recurso es, tal vez, la argumentación, como señala Ricardo Bernardi (2002, 2003). Este autor acepta el pluralismo teórico como un hecho evidente y sostiene que sólo confrontando los diversos puntos de vista podemos avanzar y enriquecernos. De esto surge la necesidad de argumentar para fundar las distintas posiciones hasta llegar a un acuerdo y, tanto o más importante, a un desacuerdo (Bernardi, 2003). Ya nadie cree en la razón universal y permanente del Iluminismo; pero no por ello vamos a caer en el relativismo de que todo es igual, que todo vale. Podemos discutir con los demás y ver de qué lado están los argumentos más fuertes, sabiendo que en nuestro diálogo se mezclan siempre problemas personales, de rivalidad, vanidad y lealtades, que pueden alejarnos de la búsqueda de la verdad. Sin ir más lejos, cuando estaba por terminar de redactar este trabajo, soñé que algunos de los autores aquí citados – amigos míos – estaban reunidos en Buenos Aires. Yo los invitaba a casa; pero no todos respondían con el mismo entusiasmo y alguno hasta excusaba su asistencia. Como analistas no tenemos derecho a desconocer los factores inconscientes que gravitan en nuestras opiniones.

La evaluación del desarrollo del proceso analítico también puede darnos respuesta, aunque aquí se hace siempre más compleja la decisión. En general, los hermeneutas aceptan y hasta celebran el disenso teórico, mientras los que abrazan la ciencia natural buscan por lo general una sola teoría. Es lo que preconizó en su momento Hartmann y en nuestros

R. HORACIO ETCHEGOYEN

días Brenner y Leo Rangell. Rangell sostiene que hay una sola teoría, que llama *composite theory* (2004) donde se van entrelazando los nuevos hallazgos, que se agregan a la fundamental teoría de Freud. Esta teoría es unitaria o compuesta pero no monolítica y va cambiando a medida que aparecen nuevos hechos. Esta idea de Rangell es generosa y amplia, yo la comparto en principio, con todos los recaudos que acabo de exponer.

En el momento actual, cuando estamos recordando con gratitud y admiración el nacimiento de Freud, deseo concluir este trabajo señalando su enorme contribución a la psiquiatría, a la psicología y a la ciencia en general. Como alguna vez él mismo dijo, Freud fue un aventurero, un explorador, que descubrió un mundo nuevo y nos hizo pensar a todos. Influyó decididamente en la cultura del siglo XX y seguramente lo seguirá haciendo. Es necesario recalcar, también, como hace Marialzira Perestrello (1996), gran psicoanalista y poetisa, lo que la cultura y la ciencia de su tiempo le dieron a Freud, lector infatigable y eximio escritor, que supo integrarlas a su propia creación.

Merece la admiración y la gratitud que le tenemos.





## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Ahumada, J. L. (1997). Counter-induction in psychoanalytic practice: epistemic and technical aspects. En J. L. Ahumada, J. Olagaray, A. Kramer Richards and A. D. Richards, eds. *The perverse transference and other matters*. Essays in honour of R. Horacio Etchegoyen. Northvale, New York: Jason Aronson. [Las tareas del psicoanálisis. Buenos Aires: Polemos, 2000].
- (1999). *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (2006) The analytic mind at work: counterinductive knowledge and the blunders of so-called "theory of science". En J. Canestri, ed. (2006). *Psychoanalysis from practice to theory*. West Sussex: John Wiley & Sons, Ltd.
- Álvarez Lince, B. (1974). Acerca de la interpretación como una proposición científica. *Revista de Psicoanálisis*, 31: 794 – 807.
- (1996). *La interpretación psicoanalítica. Método y creación*. Santa Fe de Bogotá: Grijalbo.
- Bernardi, R. (2002). The need for true controversies in psychoanalysis: the debate on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Rio de la Plata. *The International Journal of Psychoanalysis*, 83: 851 – 873.
- (2003). ¿Qué tipo de argumentación utilizamos en psicoanálisis? *Psicoanálisis*, 25: 255 – 269.
- Bleichmar, N. y Leiberman de Bleichmar, C. (1989). *El psicoanálisis después de Freud*. México: Paidós.
- Blum, H. (1977). The prototype of preoedipal reconstruction. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 25: 757 – 785.
- Brenner, Ch. (1980). Metapsychology and psychoanalytic theory. *The Psychoanalytic Quarterly*, 49: 189 – 214.
- (1982). *The mind in conflict*. New York: International Universities Press. Madrid: Tecnipublicaciones, 1989].
- (1998). Beyond the ego and the id revisited. *Journal of Clinical Psychoanalysis*, 7: 165 – 180.
- (2005). *Psychoanalysis or mind and meaning*. (En prensa).
- Dorey, R. (compilador). (1991). *L'inconscient et la science*. Paris: Dunod. *El inconciente y la ciencia*. Introducción. El sujeto de la ciencia y el sujeto del inconciente. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993].
- Epstein, R. (2005). On: Psychoanalytic pluralism. Letters to the Editor. *The International Journal of Psychoanalysis*, 86: 1713.
- Etchegoyen, R. Horacio. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores (segunda edición, 2002).
- (1991). Psychoanalysis during the last decade : clinical and theoretical aspects. *Psychoanalytic Inquiry*, 11: 88 – 106.
- (2001 [1993]). Further thoughts on the validation of the clinical process. En Riccardo Steiner y Jennifer Johns, etc. *Within time and beyond time. A Festschrift for Pearl King*. Londres: Karnac.
- Ferenczi, S. (1913a). El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios. En *Psicoanálisis*, t. 2. Madrid: Espasa – Calpe, 1981.
- (1913b). Crítica de "Metamorfosis y símbolos de la libido", de Jung.

- . *Psicoanálisis*, t. 2. Madrid: Espasa – Calpe.
- . (1913c). Ontogénesis de los símbolos. *Psicoanálisis*, t. 2. Madrid: Espasa – Calpe.
- Ferschtut, G. (1997). De los siete anillos a la cadena infinita. *Psicoanálisis : Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 24, 267-293.
- Freud, S. (1895). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia. A. E., 3.
- . (1900). *La interpretación de los sueños*. A. E., 4 – 5.
- . (1911). *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. A. E., 12.
- . (1915a). *Pulsiones y destinos de pulsión*. A. E., 14.
- . (1915b). *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*. A. E., 14.
- . (1917). *Una dificultad del psicoanálisis*. A. E. 17.
- . (1920). *Más allá del principio de placer*. A. E., 18.
- . (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. A. E., 20.
- . (1927a). *Fetichismo*. A. E., 21.
- . (1927b). *El porvenir de una ilusión*. A. E., 21.
- . (1937). *Construcciones en el análisis*. A. E., 23.
- Green, A. (1991). Desconocimiento del inconciente (ciencia y psicoanálisis). En *L'inconscient et la science*, Roger Dorey, compilador.
- . (1995) *La causalidad psíquica. Entre naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2005.
- . (2005). The illusion of common ground and mythical pluralism. *The International Journal of Psychoanalysis*, 86: 627-632.
- Grünbaum, A. (1984). *The foundations of psychoanalysis. A philosophical critique*. Berkeley: University of California Press.
- Hanly, Ch. (1992). Inductive reasoning in clinical psychoanalysis. *The International Journal of Psychoanalysis*, 73 : 293 – 301
- . (1997). Psychoanalysis and the uses of philosophy. En J. L. Ahumada, J. Olagaray, A. Kramer Richard and A. D. Richards, eds. *The perverse transference and other matters*. Northvale, New York: Jason Aronson. [Las tareas del psicoanálisis. Buenos Aires: Polemos, 2000].
- Jaspers, K. (1913). *Psicopatología general*. Buenos Aires: Editorial Beta, 1950, vols. 1 – 2.
- King, P. S. y Steiner, R., (Eds.) (1991). *The Freud-Klein controversies 1941-1945*. Londres: Tavistock/Routledge.
- Kirsner, D. (2005). Politics masquerading as science: Ralph Greenson, Anna Freud, and the Klein wars. *The Psychoanalytic Review*, 92: 907 – 927.
- Klein, G.S. (1966). ¿Dos teorías o una? Perspectivas para el cambio en la teoría psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, 27: 553-594, 1970. (Versión revisada del trabajo presentado en la reunión del Sudeste, Texas).
- . (1976). *Psychoanalytic theory: an exploration of essentials*. New York: International Universities Press.
- Klein, M. (1946). Notes on some schizoid mechanisms. *The International Journal of Psychoanalysis*, 27: 99 – 110.
- Klimovsky, G. (1994). *Las desventuras del conocimiento científico. Una introducción a la epistemología*. Buenos Aires: A-Z editora.
- . (2004) *Epistemología y psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Biebel.
- Kohut, H. (1984). *How does analysis cure?*. Chicago: Universities of Chicago Press. [¿Cómo cura el análisis?. Buenos Aires: Paidós, 1986].

- Lacan, J. (1966). *Écrits*. Paris: Seuil.
- Laforgue, R. (1926). Verdrängung und Skotomisation. *Internationale Zeitschrift fuer Psychoanalyse*, 12: 54. [*The International Journal of Psycho-Analysis*, 8: 473 – 478, 1927].
- López Piñero, J. M. (1995). *Ramón y Cajal*. Barcelona: Salvat Editores.
- Lorenzer, A. (1970). *Spracherstörung und Rekonstruktion*. Francfort: Suhrkamp Verlag. [*El lenguaje destruido y la interpretación psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1977].
- Moreno, J. (2002). *Ser humano. La inconsistencia, los vínculos, la crianza*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Perestrello, M. (1996). *A formação cultural de Freud*. Rio de Janeiro: Imago Editora.
- Popper, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos, 1967.
- Racker, H. (1957). Contribución al problema de la estratificación psicopatológica. *Revista de psicoanálisis*, 14: 276 – 291.
- Rangell, L. (2004). *My life in theory*. New York: Other Press.
- Reich, W. (1933). *Análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós, 1957.
- Richfield, Jerome (1954). An análisis of the concept of insight. *The Psychoanalytic Quarterly*, 23: 398 – 408.
- Roberts, J. M. (1976). *The Hutchinson History of the World*. Londres: Hutchinson.
- Schur, M. (1972). *Freud living and dying*. Londres: Hogart Press.
- Steiner, R. (1992). Some historical and critical notes on the relationship between hermeneutics and psychoanalysis (No publicado).
- (1995). Hermeneutics or Hermes-mess?. *The International Journal of Psychoanalysis*, 76: 435 – 445.
- Steuerman, E. (2000). *The bounds of reason. Habermas, Lyotard and Melanie Klein on rationality*. Londres: Routledge.
- Strachey, J. (1934). The nature of the therapeutic action of psycho-analysis. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 15 124 – 159.
- Thomä, H. y Kächele, H. (1985). *Teoría y práctica del psicoanálisis; 1. Fundamentos; 2. Estudios clínicos*. Barcelona: Herder, 1989.
- Wälder, R. (1936). The principle of múltiple function. Observations on over-determination. *The Psychoanalytic Quarterly*, 6: 45 – 62.
- Wallerstein, R.S. (1988). One psychoanalysis or many? *The International Journal of Psychoanalysis*, 69: 5 – 21.
- (1990). Psychoanalysis: the common ground. *The International Journal of Psychoanalysis*, 71: 3 – 20.
- (2002). The trajectory of psychoanalysis. A pronostication. *The International Journal of Psychoanalysis*, 83: 1247 – 1267.
- (2005a). Will psychoanalysis pluralism be an enduring state of our discipline? Psychoanalytic controversies. *The International Journal of Psychoanalysis*, 86: 623-626.
- (2005b). Dialogue or illusion? How do we go from here? Response to Green. Psychoanalytic controversies. *The International Journal of Psychoanalysis*, 86: 633 – 638.
- Wisdon, J. O. (1967). Testing an interpretation within a session. *The International Journal of Psychoanalysis*, 48: 44 – 52.